

ESPIGANDO EN SONOT

Mi iniciación en las lides periodísticas data del año 1915, en que con Carlos Roel y Arturo Saracho fundamos El Sector, escrito a máquina en las oficinas del Estado Mayor del general Obregón. El Sector fue publicado, en imprenta, varias veces en Guadalajara, una en Colima, otra en Mazatlán y en varias ocasiones en Hermosillo.

Con artículos de El Sector y otros que publiqué en la Reforma Social y en Orientación, pudo el vate Samuel Ruiz Cabañas formar Sonot, mi primer libro. Sonot salió en Hermosillo en 1917, con carátula arreglada por el mismo Ruiz Cabañas en Los Angeles, California.

De Sonot reproduzco pequeños párrafos.

Sonora se llamó Sonot, según una versión relacionada con su origen.

En la página inicial escribí lo siguiente:

“Werther, para Carlota.

“Pensativo, sin un centavo en la escarcela, pero con la mente enferma repleta de ilusiones, iba Werther en busca de su amigo Guillermo, cuando, para ahuyentar la «eterna preocupación» de su espíritu, hizo alto frente a un escaparate para contemplar las joyas que ahí se exhibían.

“Y al pasar revista a los precios de aquellos preciosos brillantes, muchos de los cuales ostentaban con orgullo su valor hasta de dos y cuatro mil pesos, el buen Werther sonrió pensando en Sor Juana Inés, y recordando con la Décima Musa que la vida: es ceniza, es polvo, es viento, es nada...”

“Meses más tarde, y cuando ya su desolación era muy grande y su desesperanza mucha, Werther volvió a sonreír, también pensativamente, dolorosamente, al ver la dicha que los jóvenes mostraban en sus rostros, paseando por un jardín lleno de poesía y de amor.

“Y entonces, para consuelo de sus muchas penas, don Pedro Calderón vino a su oído y, en secreto, siniestramente, le dijo: «No saben que la vida es sueño». Y Werther rió, con sarcasmo y con dolor, de su triste corazón...”.

“Es que el pobre no tenía ni un centavo de felicidad”.

*
* * *

Sobre Cruz Gálvez, un héroe de la Revolución, publiqué algunas referencias para luego hablar de la forma en que murió en campaña. Mi relato se inicia así:

“Cuando me he acercado a los soldados para preguntarles quién fue Cruz Gálvez, he obtenido siempre la misma contestación: «¡Ah, Cruz Gálvez!», y los ojos se llenan de lágrimas y las gargantas se oprimen.

“He oido al coronel García referir las hazañas del héroe, con calor, con emoción. He visto el llanto en la mirada del buen mayor Ochoa, cuando me decía: «¡Pues sí anduve con él; fuimos compañeros!».

“Los hombres superiores que han alentado en esta época de luchas intensas, han sido todos grandes corazones. Han tenido almas de niño. Han pasado por la vida llevando un fondo de infantilismo y de bondad y de ternura.

“Esta gran Revolución de mi patria tiene episodios y hombres dignos de figurar en *El Tumulto*, de Georges d'Escarbés. El estoicismo tiene mucho de mexicano. Aquí se marcha al sacrificio con la sonrisa en los labios: reposadamente, tranquilamente. Así, no es raro oír de los soldados anécdotas macabras, hechos espeluznantes, acciones inverosímiles”.

*
* * *

De una semblanza que hice sobre el dinámico artista revolucionario, el doctor Atl, tomo estas líneas:

“Antes de que se tocara el Himno de la Libertad, apareció un calvo, casi chaparro, de ojos vivos y barba puntiaguda, e hizo un desembuche. Se le aplaudió hasta patear. El demostró no ser de repetición.

“Al siguiente día, un yaqui me pregunta: «¿Quién es aquel hombre que salió disfrazado y habló tan bien?»

“—Se llama el doctor Atl.

“Vivir entre las nieves, del otro lado de las nubes: posiblemente para transformar el amor a la mujer en amor al pueblo.

“Andar descalzo cuando se presenta la oportunidad y hay piedras y espinas que «apachurrar». Pintar volcanes con tinta colorada y azul. Triunfar en París, para vender unos cuadros y empeñar la mayor parte. Pensar alto. Sentir hondo. Decir la verdad. Trabajar día y noche por la causa. Hombre guía. Hombre raro: extra-mexicano. Hombre original. Tal es el doctor Atl”.

*
* *

Al referirme al pueblecito en que nací, me brotaron estas frases de amor y de ternura:

“Mi tierra es un pueblo de labradores. Quien no sepa manejar el arado y el azadón, no es digno hijo de Horcasitas. De ahí han salido también muy buenos vaqueros, que cuentan sus hazañas en la esquina o se divierten pintando «fierros» con el dedo índice. Tomando el sol, en cuillillas, es muy común ver cómo los hombres de mi tierra chupan displicentes su cigarro, mientras alguno de la reunión habla de la vaca, pinta con este fierro (y lo dibuja); o del caballo alazán con esta señal (y la dibuja); o del toro gacho con esta venta (y la dibuja) . . .

“El amor filial que tengo por mi pueblo, hace que siempre lo recuerde con cariño. Allá transcurrieron años de mi vida en los que no me daba cuenta del «mundanal ruido». Pasé la época de la bendita inconsciencia infantil. Allá caminé los primeros pasos. Aprendí las primeras letras. Tuve en mis manos el primer silabario . . .

“¿Cómo no recordar amorosamente el solar de mis mayores?”

*
* *

He aquí unas reflexiones que hice sobre el circo:

“¡El circo! ¿No os entusiasman los recuerdos del ayer? ¿No vais al circo para vivir la vida que pasa? ¿No aplaudís al payaso

por las risas que os proporcionó? ¡Yo sí! Bueno o malo. Rico o pobre. Yo miro con respeto al circo. Por eso en Guadalajara voy de vez en cuando al *Circo Vázquez*.

“Es una compañía modesta. Buena carpa. Buen alumbrado. Buenos artistas.

“Una noche. Aquella noche estaba triste. Lúgubramente triste. Me acordaba de mi tierra. Fui al circo”.

*
* * *

Me place mucho recordar al jefe militar, con quien anduve durante las azarosas jornadas de 1915. A grandes rasgos digo cómo fue Lino Morales:

“Alto. Grueso. Risueño. De maneras enérgicas. El general Morales es una de las columnas del Cuerpo de Ejército del Noroeste. Todos los jefes constitucionalistas lo estiman y buscan su amistad. Es decidor. Tiene muchos amigos. Y, cariñosamente, sus compañeros le llaman Lino.

“Lino ha combatido mucho. Desde 1912 anda con el general Obregón y casi nunca ha estado separado del Manco de León. Tiene a sus órdenes un gran batallón de puros yaquis: el Veinte. Tiene también muchas simpatías. Es inteligente, con inteligencia natural. Es sociable. Y posee una gran virtud: sabe enorgullecerse de ser indio. «Yo no soy más que un pobre indio; pero no me hacen tonto. Muchos han pretendido separarme de mi general Obregón; pero nada han conseguido. El general Obregón es un gran hombre y por eso ando con él. Yo no valgo nada. Si he hecho algo, ha sido por mis soldados yaquis»”.

*
* * *

Al recordar a un gran amigo, el poeta jalisciense Salvador Escudero, hago de él esta descripción:

“Este vate Escudero es un sentimental. Lleva en la espalda, y por eso anda encorvado, el peso de muchos sinsabores y «debe, como las almas resignadas, un premio merecer a sus fatigas». La primera impresión que la vista del vate produce, es de tristeza. Por la mirada torva y dormida, parece un dipsómano y, sin embargo, nunca prueba «el néctar». Su melena es digna, grande, noble. En su cerebro

bullen muchas ideas de concordia, de amor, de paz, de amistad, y en su corazón caben todos los sufrimientos, todos los desengaños, todas las nostalgias . . .”

*
* * *

De las crónicas que publiqué sobre algunos pueblos de Sonora, tomo estas líneas que dediqué a Ures, la que fuera capital del Estado hace muchos años:

“En el hotel, la música. Campesinos amigos había en el zaguán. El presidente Béjar, de la Asociación Obrera, Fuentes Frías y Rivera, entre otros. Sonó la orquesta. Tocó *Magdalena*, la pieza de Miguel Villaescusa. Después *El Guango*, y luego, como despedida, otra pieza alegre . . . como el día aquel. El auto salió pausadamente, despacio, muy despacio . . . y sentí que mi alma aún no quería dejar el pueblo, abandonar la querida y olvidada Atenas . . . ¡Ures, la vieja; Ures, la legendaria! . . .”